

EL ROL DEL CORRECTOR ANTE EL FENÓMENO DE LA AUTOEDICIÓN

NICOLÁS SCHEINES



Lic. en Letras y Téc. Sup. en Periodismo

Buenos Aires, Argentina

Corrige textos desde 2009, cuando sus compañeros en la escuela de Periodismo le pedían que revise la ortografía, ya que, por normas de la institución, se escribía sin corrector automático. Luego de publicar algunos avisos de corrección en revistas de psicología, en 2010 creó su sitio web dedicado a la corrección, que mantiene vigente hasta hoy. Desde entonces corrigió todo tipo de textos bajo la modalidad *freelance*. Entre 2012 y 2017 trabajó, además, en comunicación empresarial.

www.ortografiaydemonios.com.ar

nscheines@gmail.com; nscheines@ortografiaydemonios.com.ar

RESUMEN: Internet viene acercando a las personas desde hace por lo menos 20 años. En nuestro ámbito, también logró que una significativa cantidad de autores noveles se acerquen a los correctores por fuera de la intermediación de una editorial. Ante este auge del fenómeno de autoedición, es necesario que los correctores nos planteemos cómo atender las necesidades de los autores que llegan a ellos sin conocer elementos básicos del mercado editorial. ¿Cómo son estos autores? ¿Qué esperan de un corrector? ¿Cuál debería ser el rol del corrector para poder ayudarlos? Estas son algunas de las preguntas básicas a responder para poder satisfacer un mercado emergente, sin dañar la moral de los nuevos autores pero sin crear falsas expectativas con sus trabajos, haciendo equilibrio en una fina línea delimitada por nuestro lugar como correctores y nuestro compromiso como asesores literarios que podemos eventualmente ser.

PALABRAS CLAVE: autoedición, autores noveles, literatura, Internet, rol del corrector

EL ROL DEL CORRECTOR ANTE EL FENÓMENO DE LA AUTOEDICIÓN

Una tríada confusa ha servido de horizonte para muchas personas. Según está difundido en la cultura popular, para *realizarnos* como seres humanos debemos “escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo”. Más allá de las interrelaciones que podemos imaginar entre estos tres elementos, nos vamos a centrar en el primer mandato, que indica que hay que “escribir un libro”, pero que no da más detalles sobre el cómo y el porqué. Así, mucha gente se compra un cuaderno o abre un Word y se propone: “Voy a escribir un libro”. Habitualmente se trata de profesionales o trabajadores de diversos rubros, con una interesante dosis de experiencia vital en sus hombros, pero con poca o nula relación con el mundo editorial o literario. Sin embargo, en casi todos los casos, estas personas se obstinan en narrar ficciones siguiendo los formatos clásicos de cuento o novela, y ni por asomo se les ocurre sospechar que la idea de “escribir un libro” está asociada a dejar un legado cultural en el rubro que ha trabajado toda su vida (esto es, que un ingeniero escriba un libro de ingeniería, que una médica escriba un libro de medicina y así). La ficción impera.

Esto lo sé porque desde hace más de 8 años que tengo una página web donde ofrezco servicios de corrección de estilo, y los anuncios de Google Adwords (hoy llamados “Google Ads”) permiten que cualquier persona que busque en la red ayuda para escribir un libro pueda, eventualmente, ponerse en contacto conmigo.

El objetivo de esta exposición no es en modo alguno criticar a estos autores noveles, sino abrir el debate sobre cuál es el rol del corrector al trabajar con este tipo de público, que sin dudas necesita de un corrector, y que es un mercado quizás subexplotado por los correctores.

Antes de avanzar, quisiera compartir algunos datos del último informe de la Cámara del Libro de Argentina¹: en el país se publicaron unos 140 mil nuevos libros en los últimos cinco años, a razón de 28 mil por año. En 2017, el 26% de las 28.440 novedades fue inscrito bajo la categoría “Literatura”. Unos 7.400 títulos nuevos. El 27% de las novedades registradas en el país fueron publicadas por “autoedición” o por un “microemprendimiento editorial” (ediciones de hasta 5 libros por año con no más de 500 libros tirados por edición) y un 50% de estos libros se distribuyen por “venta directa” (es decir que el autor y/o la editorial están involucrados directamente en la comercialización de esos libros). El informe incluso incorpora un capítulo especial que denomina “El fenómeno de la autoedición”, donde se señala que en 2017, exactamente 4.999 libros fueron publicados por autores noveles, es decir, casi 15 libros nuevos

¹ Disponible aquí: <http://camaradellibro.com.ar/estadisticas/PDF/2018-04-06-Informe-de-produccion-Anual-2017.pdf>.

por día. No me interesa hacer estadísticas, que no es mi *metier*, pero quiero enfatizar en el tamaño enorme del mercado potencial y, sobre todo, en la inestimable ayuda que un corrector les puede brindar a todas estas personas, tanto en el marco de textos literarios como en cualquier otro tipo de publicación.

¿Qué buscan estos autores noveles cuando se contactan con un corrector a través de la web por primera vez? Según el registro que lleva Google AdWords de mi página web, “corrector de ortografía”, “corrector de palabras” y “corrector de textos” y sus variantes son las expresiones más buscadas mes a mes. “Corrección de estilo” o “corrector de estilo”, en cambio, quedan relegadas del top 10, con muchas menos búsquedas. Esto da la pauta de que la mayoría de las personas que buscan a un corrector en la web desconocen la figura del “corrector de estilo”, o que, al menos, no lo llaman por ese nombre.

Gente vinculada al mundo literario y/o al mercado editorial probablemente sí conozca el nombre específico del profesional a cargo de revisar su libro en distintas instancias, así como cuáles son sus alcances y sus tareas concretas, pero a la vez, estas personas tienen contactos en los ambientes editorial y literario, lo que posiblemente los aleje de hacer búsquedas online para conseguir un corrector. Es muy probable que estos autores —sean noveles o no— puedan contar con la asistencia de otras personas con cierta experiencia en el rubro —aunque no sean correctores— para que lean las primeras versiones y hagan sus comentarios. Además, lo más habitual entre estos autores con conocimientos del mundo literario es que tengan una editorial definida para la publicación, y que la editorial les ofrezca los servicios de corrección, sin contar con que es de esperar que esta gente escriba relativamente “bien” (o, por lo menos, de acuerdo con la normativa del español y con cierto conocimiento del campo literario).

En cambio, el contacto de un autor novel que llega desde otros ambientes viene vinculado a un desconocimiento que a veces puede ser total sobre el proceso de escritura y publicación de un libro. Voy a ir por partes, para que quede claro a qué me refiero cuando hablo de “desconocimiento”.

1. DIFICULTADES DE LOS AUTORES NÓVELES

Para acotar el tamaño de la muestra, me detendré sólo en algunos errores habituales que suelo encontrar en autores noveles de textos literarios, pero en muchas ocasiones se contabilizan errores similares en todos los ámbitos, desde los ensayísticos y académicos a los empresariales y comerciales. He aquí la pequeña muestra:

La normativa. Si bien es obvio que, como correctores, nuestro trabajo es revisar la adecuación de un texto a la normativa del español, también es de esperar que alguien que se lanza a escribir una novela de 300 páginas tenga alguna noción mínima de las normas de la lengua escrita. Sin embargo, he tenido que corregir textos que no tenían ni una sola tilde, textos sin puntos y aparte (no como un “gesto literario”, sino como un simple olvido) y novelas enteras escritas en mayúscula, por citar algunos casos extremos. Entre los errores más frecuentes se cuentan infinidad de oraciones sin verbo principal conjugado, o bien su contrario: oraciones eternas e incomprensibles, llenas de cláusulas subordinadas; uso indiscriminado de la puntuación (puntos después de otros signos de puntuación, puntos suspensivos múltiples, etc.); falta de acentuación gráfica que distingue significado (como “pase” en vez de “pasé” o todas las variantes de pronombres exclamativos e interrogativos); innumerables problemas técnicos para reproducir diálogos y un gran etcétera.

La estructura. Muchos autores noveles tienen grandes dificultades para dar una correcta estructura a sus textos. Esto a menudo se ve en colecciones de textos que los autores desean publicar como un libro, pero que son completamente inconexos entre sí, y en los que el único elemento cohesivo resulta ser el nombre del autor (esto es, cuentos, poemas, ensayos, reflexiones e historias de vida, mezclados al tuntún, habitualmente fruto de toda una vida de escrituras esporádicas, sin al menos una pequeña presentación que los aúne). En novelas esto también se ve en el armado de capítulos y en el correcto desarrollo de una historia.

El contenido. En ficción, llama la atención la avidez de los escritores por crear mundos fantásticos o recrear escenarios de época. Esto no tiene nada de malo. El problema es cuando estos mundos fantásticos o epocales son inconsistentes o directamente copiados. El temor a la página en blanco puede llevar a nuestros autores noveles al procedimiento inverso: una verborragia sin parangones, donde nada se corrobora ni se elabora demasiado, y el único objetivo es seguir escribiendo. Además, si convenimos que uno escribe a partir de sus lecturas y experiencias personales, en la mayoría de los casos encontramos que los autores han leído poco o nada sobre el tema que escriben, por lo que sitúan una historia en la Italia fascista o en la Revolución Francesa sin conocer las características más elementales de estos eventos. En el otro extremo, jóvenes escritores que sólo han leído y experimentado sagas como *Harry Potter*, *Crepúsculo* y *Piratas del Caribe* pueden crear novelas donde los héroes son bucaneros con varitas que toman sangre por las noches. Por supuesto, los nombres siempre son “John”, “Michael” o “Charles”, son *valientes*, *fornidos* y *perfectos*, y están dispuestos a hacer todo por salvar a su amada, *bella*, *de mirada prístina* y *de corazón puro*.

El mercado. Otro problema no menor que acarrean estos autores n6veles: el desconocimiento del mercado editorial y, por ende, las falsas ilusiones que se traen bajo el brazo. Escribir un libro (bueno o malo, con o sin conocimientos) cuesta mucho, much6simo esfuerzo: pueden ser seis meses, puede ser un a6o; en general, macerar un libro lleva toda una vida. Como es l6gico, cada autor tiene grandes esperanzas en poder dedicarse *finalmente* a la escritura, seguros de que podr6n emular el 6xito de Tolkien, Marcos Aguinis o Felipe Pigna. Muchas veces estas ilusiones se esconden tras la voluntad de presentar su libro a un concurso, o gracias a haber le6do las famosas historias de famosos escritores que fueron rechazados por editoriales hasta que *por fin* alguien los *descubri6*.

Todo lo dem6s. El acceso masivo a Internet les brind6 a muchas personas la posibilidad de conectarse con el resto del mundo, y tambi6n les dio la posibilidad de consumir nuevos bienes y servicios. Por simple curiosidad, algunos tipean “c6mo escribir un libro” en Google y llegan a un corrector casi sin quererlo, comentando sobre un texto que ten6an escrito hace a6os o sobre c6mo hacer para armar un libro a partir de sus publicaciones de Facebook. Tambi6n est6 la brecha generacional, que hace que muchos autores tengan dificultades para adjuntar un mail o para descargar un archivo, sin contar el desconocimiento casi total de las herramientas de correcci6n, como el control de cambios y los comentarios.

Estas son apenas algunas de las dificultades m6s habituales que vemos en los escritores n6veles. Bajo la premisa de no rechazar ning6n trabajo y de poder ayudar de la mejor manera posible a cada autor, la pregunta que nos surge como correctores es: ¿hasta d6nde llega nuestro trabajo?

2. EL ROL DEL CORRECTOR

Ya hemos visto que son muchos los autores n6veles buscando ayuda en la web, y que son pocos los que realmente est6n buscando un “corrector de estilo”, sino que apenas buscan corregir un texto, la mayor6a de las veces con un “gratis”, “online” o “autom6tico” pospuesto al t6rmino “corregir un texto”. Entonces, el primer trabajo del corrector debe ser, sin duda, especificar sus tareas principales y el costo de contratar el servicio. No pretendo extenderme sobre la tem6tica “tarifas”, pero s6 es importante hacerle saber al autor novel cu6nto cuesta el servicio y en qu6 consiste exactamente.

Lo primero que es necesario destacar es el tiempo destinado a leer la obra, por m6s que la obra est6 perfecta —que, lo sabemos muy bien, jam6s es as6—. Para medir esto, nada como

la unidad de cantidad de caracteres con espacios para unificar criterios, con una tarifa estandarizada para poder comparar textos. Pero esto no es todo. También necesitamos ver aunque sea un fragmento del texto a revisar (en general, 10 páginas son más que suficientes), para calcular el nivel de intervención que se requiere. Como norma general, planteo el valor máximo por caracteres con espacio, y luego hago descuentos cuando me encuentro con un texto y/o una temática amigable. Una vez visto el texto a corregir, es importante enumerar qué es lo que se va a hacer con el texto. Yo menciono que una corrección ortotipográfica incluye la corrección de errores de ortografía, puntuación, gramática y sintaxis, así como una unificación de formatos y arreglos de edición para una mejor presentación del texto. Esto último quizás exceda nuestro rol, pero es importante poder organizar textos que vienen con distintos tamaños de letras, sin justificar o sin sangrías, por ejemplo (sin contar textos académicos más complejos, con títulos de distintas jerarquías). La corrección de estilo incluye a la ortotipográfica, y se agregan además los siguientes servicios: “análisis y sugerencias al nivel del léxico, de la oración, del párrafo y de la estructura general de la obra” y “lectura crítica, atenta al contexto de producción y publicación, con sugerencias al nivel de los contenidos (dentro de las posibilidades del corrector en el marco de un tópico dado)”. Por supuesto, esta revisión tiene un precio mayor, pero suelo sugerir a los autores noveles hacer el esfuerzo, con el fin de lograr el mejor texto posible, de acuerdo con el texto base sobre el que se está trabajando.

El primer contacto que tiene el autor novel con un corrector, entonces, está asociado a un valor monetario —que seguramente es mucho más alto del que esperaba— y a una descripción de servicios que probablemente ni siquiera sabía que necesitaba —porque muchos autores noveles sólo *sienten* que *algo* no está bien en sus textos, pero no se imaginan la cantidad de cosas por mejorar que hay—. Más aún, en muchos casos se subestiman los saberes necesarios para cumplir la tarea de corrección, por lo que, de ser necesario, es importante mencionar algún título profesional que al menos le sirva al autor novel como resguardo de que está frente a alguien con saberes acreditados por alguna academia.

Si el autor finalmente se inclina por dar inicio a una corrección de estilo —que es el tipo de corrección que voy a abordar en este espacio—, entonces ya nos ha dado su primer voto de confianza y ha realizado su primer gesto de humildad, reconociendo que necesita de nuestra ayuda (como cualquier escritor necesita la ayuda de un corrector, incluso quienes nos dedicamos a la corrección). Es momento de que nosotros hagamos todo lo que está a nuestro alcance para ayudar a nuestro autor.

Entiendo que hay correctores que, guiados por la normativa o por las exigencias de la profesión, se limitan a cumplir con el rol más habitual del corrector, poblando los textos de marcas rojas y manteniendo los comentarios al mínimo, usando la terminología correcta y sugiriendo adecuar todo a las normas del español. No digo que esto esté mal, pero al menos yo entiendo la corrección como una instancia de comunicación y de diálogo entre autor y corrector, y no como un monólogo tendiente a exhibir o demostrar nuestros conocimientos como si de un examen se tratase. Con esta política de comunicación activa busco que el autor no se sienta solo frente a las correcciones y que comprenda cuáles son las operaciones que se están haciendo sobre su texto. ¿Cuál es el canal de comunicación principal? Los formales son tres: el intercambio de correos electrónicos al momento de presupuestar y acordar las condiciones de trabajo, los comentarios en el texto y un archivo de una o dos páginas con un comentario general sobre la obra, en el que se enumeran las principales virtudes, los puntos a trabajar, los errores frecuentes y cualquier otro elemento que considere digno de mención. Pero un cuarto canal de comunicación, más informal, resulta fundamental para generar un buen vínculo entre corrector y el autor: el diálogo telefónico.

Una buena comunicación oral habilita la empatía, permite el intercambio inmediato de preguntas y respuestas y, por sobre todas las cosas, es el canal más apto para deslizar conceptos informalmente, pero que serán importantes para la consideración de un autor novel. A través de una conversación telefónica —que se puede dar incluso antes de que la persona acceda al presupuesto ofrecido, y que muchas veces, dados los contactos espontáneos por Internet, se da antes de enviar siquiera un presupuesto— el corrector puede informar someramente el funcionamiento del proceso editorial (revisión, maquetación, registración, impresión, distribución), las reglas elementales del mercado editorial (básicamente, que es casi imposible ganar plata con la publicación de un libro, y que algo bueno sería “salir empatado”) y qué se busca con la corrección, que es obtener el mejor texto posible a partir del original, dando una pulida general. En criollo: si tenemos una mesa de tres patas destartalada, podemos restaurarla, pero nunca vamos a poder transformarla en una mesa de comedor... Y si vemos que ni siquiera logra sostenerse como una mesa de tres patas, podemos señalarlo, siempre con ese arte fino que es el del buen tino, para no herir susceptibilidades, porque, como sabemos, somos correctores, y eventualmente nos podemos exceder en nuestras tareas con el fin de ayudar al autor, pero tampoco somos sus editores, ni somos quiénes para definir qué debería publicarse y qué no.

“¿Cuáles son los límites que debe imponerse el corrector?” parece ser la pregunta madre de este debate. Desde ya, no estoy en condiciones de responderla, pero sí creo que es válido

plantearla, en especial para el trato con autores noveles, que están a la deriva en un mundo que desconocen. Hoy todos pueden publicar un libro, pero somos pocos los que tenemos aunque sea los conocimientos básicos del trabajo editorial. Si nos toca a los correctores ser el primer contacto de un autor novel con el trabajo editorial, entonces será nuestra función asesorarlos, para que conozcan el rubro en el que se mueven. Escuchar las necesidades del autor va a ser fundamental para poder asesorarlo. No es lo mismo trasladar una tesis de doctorado a un libro, según lo solicita un docente de universidad, que una persona mayor que acaba de redactar su historia de vida y que la quiere publicar para que futuras generaciones de su familia conozcan sus orígenes. En esos matices debemos movernos, y es nuestra responsabilidad hacer las correcciones pertinentes según normativa, pero también es esperable que entendamos los contextos de publicación y que tengamos la fineza necesaria para comprender qué tanto podemos demandarle al autor en los comentarios. Para que se entienda: si un autor no logra un texto coherente y cohesivo por una evidente escasez de lecturas y desconocimiento de la materia, no tiene sentido que nos detengamos a explicarle que puede elegir escribir “garaje”, “garage” o “*garage*”, según el criterio que decida adoptar.

Del mismo modo, el corrector que trabaja con autores noveles se enfrenta a otro tipo de dificultades adicionales, que debe poder sortear para que el trabajo le resulte útil al autor. Una de estas será sin dudas la capacidad del autor para leer el trabajo. Para ello, es necesario disfrazarse por un rato de docente de informática y explicar todo lo referente a cómo trabajar con el sistema de revisión de Word, qué debe hacer con los comentarios y hasta cómo guardar correctamente el archivo o cómo adjuntarlo en un mail, puesto que muchísimos autores noveles no son nativos digitales. En cuanto a mi experiencia personal, encontré que lo más conveniente es tener una guía sencilla ya armada para enviar junto con la entrega de la revisión, que tendrá dos versiones: una con todas las marcas y otra, ya con los cambios aceptados, para no “asustar” al autor que no está interesado en ver los errores en los que ha incurrido.

Asimismo, tampoco es deseable dejarlos “solos” con sus textos: una vez entregada la corrección, una buena actitud es poder guiar al autor desorientado para que sepa cuáles son los pasos a seguir: desde presentar el texto en distintos concursos a —mucho más probable— conseguir una editorial de autopublicación o, en su defecto, coordinar un trabajo más artesanal primero con un diseñador y luego con una imprenta.

En cualquier caso, si bien parece existir cierto consenso en el rol del corrector ante un texto determinado, considero esencial poner en cuestión los límites y alcances del corrector ante el trabajo de un autor novel. A priori, atenerse a la normativa del español parece esencial, pero

no creo que sea suficiente: dar consejos acordes al nivel con el que se está trabajando, escuchar siempre y no ser lapidarios pero tampoco condescendientes parecen ser algunas pautas útiles para seguir, siempre teniendo en cuenta las características particulares de cada corrector y de la relación que corrector y autor puedan crear.

3. ¿POR QUÉ HABLAR DE ESTO AQUÍ?

Los correctores que ofrecemos nuestros servicios por Internet a autores noveles solemos estar atomizados y solos. Más allá de esporádicos contactos, pocas veces tenemos acceso a un evento con este tipo de características para poder comentar nuestras formas de trabajo. Si bien provengo de distintos ámbitos (la literatura y el periodismo), desde 2009 me considero a mí mismo corrector, y recién en 2011, con el Primer Congreso Internacional de Correctores en Español realizado en Buenos Aires, pude validar muchas de las cosas que venía haciendo intuitivamente. Al año siguiente cursé la materia “Corrección de Estilo”, de la carrera Edición, de la facultad de Filosofía y Letras de la UBA (Argentina) para descubrir que efectivamente mi rumbo era, en cierta medida, adecuado, aunque allí, probablemente por el carácter académico institucional, descubrí lo que a mi criterio consideré un excesivo apego a la normativa, en detrimento de la comunicación entre autores y correctores. Quería aprovechar esta instancia para plantear el tema de discusión y mostrar lo que vengo haciendo yo, que fue a fuerza de prueba y error.

Con esto no quiero decir que lo que vengo haciendo sea la tarea habitual del corrector, pero sí, que en los casos de los autores noveles, nuestra responsabilidad es poder asesorarlos para lograr que publiquen su obra del mejor modo posible, evitando que pasen malos momentos o que se generen falsas expectativas. Tal vez me exceda en mi tarea, pero así entiendo la corrección, como un servicio profesional completo hacia el cliente y no como un autómata dedicado a aplicar normas sin comprender el espíritu de cada texto, que está ligado necesariamente a su contexto.